

## El Pirata

**H**ORA de noche aún: los ojos fijos  
en la estrellada bóveda del cielo,  
el capitán pirata ansioso sigue  
de los astros sin fin el surco lento.

De una estrella que juzga que preside  
de su azarosa vida los momentos  
pendiente está, y con instancia busca  
de su luz azulada los reflejos.

La luz rojiza del fanal de popa,  
siguiendo de la nave el balanceo,  
da á las duras facciones del corsario  
no sé qué de infernal y de siniestro.

Todo calla en redor; los olas calmas  
que al paso pone el buque en movimiento,

producen al rozar con sus costados  
apenas perceptible chancleteo:

y al retirarse en encontrada marcha  
para ir llenando de la *estela* el hueco,  
en luminosa espuma se convierten,  
y á pesar en sí mismas vuelven luego.

La densa oscuridad apenas deja  
á la vista alcanzar un bien pequeño  
y reducido espacio, del grandioso  
círculo de agua de que el buque es centro.

Todo en la nave descuidado duerme,  
todo á excepción de su intranquilo dueño  
que, sin que á su pesar, pueda impedirlo  
y casi casi sin fijarse en ello,

se suele estremecer alebrestado  
si al cesar una ráfaga de viento  
la hinchada lona de las blancas velas  
los mástiles azota produciendo

un golpe que remeda de un lejano  
disparo de un cañón el débil eco,  
á la vez que los cables al rozarse  
de las huecas poleas en el centro,  
estridentes rechinan simulando  
de algún ave nocturna los lamentos,  
de muertes y de súbitas desgracias  
presagios espantables y funestos.

Allí está el capitán: fijos los ojos  
en la estrellada bóveda del cielo

pendiente de la estrella que preside  
de su azarosa vida los momentos.

De súbito estremécese: es que ha visto  
del rastro amortiguarse los reflejos,  
y en su preocupación se le imagina  
confirmado el horóscopo siniestro  
que desde que nació le tiene dicho  
que nunca ha de encontrar goce completo,  
y que cuando su astro palidezca  
signo será de su existir postrero.

«¡Qué me importa!—se dice, su cabeza  
como león furioso sacudiendo;  
—ya me cansa la vida, y concluir  
es hoy por hoy mi único deseo.

»Pero ¡mal vive Dios! hacen los astros  
en decirme que estoy en tal extremo,  
pues de su crueldad desesperado,  
aun vengarme de mí sino puedo.

»Si acaso es él quien á mi alcance puso  
á esa doncella que idolatro ciego,  
y si he de perderme cual me anuncia  
mi estrella amortiguando sus reflejos,

»no he de ser ¡vive Dios! quien solamente  
víctima sea del Destino adverso;  
ella también se perderá conmigo:  
si así ha de ser me perderé contento.

»No; no debo dudar: mi última noche

sin duda es esta: sí lo es: lo creo:  
no es tan solo la estrella de mi vida  
la que presagios háceme funestos.

»Esta calma, esas sombras que descubro  
velando la extensión del firmamento,  
una violenta tempestad me anuncian:  
el mar me desafía: lucharemos.

»Acostumbrado estoy á sus ataques,  
conozco su pujanza y sus alientos,  
mas tantos años hace le conozco  
que de domarle la costumbre tengo.

»Poco me importa que á luchar se apreste  
con nuevas armas y con bríos nuevos:  
mayor es la tormenta que en mi alma  
há largos días soportando vengo,  
»y todavía lucho y la combato,  
aunque en tan triste situación me veo  
que con el corazón hecho pedazos  
no sé ni como á flote me sostengo.

»No me aterra ¡oh mar! la recia brisa  
con que me anuncias tempestuosos vientos  
no me impone terror, aunque me dice  
que deshecha borrasca esperar debo.

»No me aterra ¡oh mar! por el contrario  
si del astro los pálidos reflejos  
no mienten anunciándome la hora  
que predijo el horóscopo siniestro,

»á Dios, si acaso es Dios el encargado  
de dar á mi existencia el cumplimiento,  
ó el diablo si es el diablo, que me entreguen  
á tus iras ¡oh mar! les agradezco.

»Tú solo, solo tú puedes ser digno  
de combatir conmigo, y si perezco  
en la recia batalla á que te aprestas,  
si tú me matas, moriré contento.

»Contento sí, pues si vencerme logras  
y en tú profundidad undirme debo,  
podré pensar que si por fin venciste  
á quien es más que tú ¡oh mar! soberbio,

»para poder lograrlo te aliaste  
con mi implacable Sino y Hado adverso,  
porque á venir tu solo y sin auxilio  
de la fatalidad, tuviste miedo.

»Miedo sí; tantas veces te he vencido  
que de vencerte la costumbre tengo,  
y antes de entrar en lucha con tus olas  
seguro estabas ya del vencimiento.

Véngate, pues, de quien por veces tantas  
te hizo tascar de su poder el freno,  
que si logras vencerme y me das muerte,  
puedes creerlo, moriré contento.

»Une las tuyas á las nuevas fuerzas  
de mi implacable Sino y Hado adverso:

un corazón tan grande como el mío  
tan sólo cabe en tu sepulcro inmenso.

»Pero si en el rencor con que me mires  
de gratitud acaso cabe un resto,  
recuerda que te amé y que aun te amo  
con sin igual amor desde pequeño.

»Y si á este amor, rival de tu grandeza,  
quieres piadoso concederle un premio,  
no consientas ¡oh mar! que á ignota playa  
el agua arroje mis desnudos restos;

»pues amo tanto tus verdosas aguas  
como á la tierra en que nací aborrezco,  
y mira ¡oh mar! que si el favor me niegas  
que por primera vez de tí pretendo,

»ofendido con solo sospecharlo,  
soy capaz de vencerte si lo quiero,  
aunque unas tus fuerzas á las fuerzas  
de mi implacable Sino y Hado adverso.»

\*  
\*\*

Callóse el capitán, y sin dignarse  
esperar la respuesta á su deseo,  
dejó la banda de estribor y hundióse  
de una escotilla en el oscuro hueco.